

Teléfono, número 265

Diario de la mañana, con los últimos telegramas y noticias de Madrid, Provincias y Extranjero

Dirección telegráfica: NOTICIERO

EN EL III CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DE

Noticiero Granadino



CAPÍTULO XXXV

Poco más quedaba por leer de la novela, quando del camaranchón donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto; vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza, ceréen á ceréen, como si fuera un nabo: ¿Que decís, hermano? dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba; estáis en vos, Sancho: ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decía á voces: Tente, ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo; y no te ha de valer tu cimitarra; y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes. dijo Sancho: No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despar-

tir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaño como un gran cuero de vino. Que me maten, dijo á esta sazón el ventero, si Don Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre; y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa; la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grisiento; que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el por qué; y en la derecha desenvainaba la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con al-

gún gigante. Y es lo buco, que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba á fencer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, el acabara la guerra del gigante; y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo; y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, más no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Doro-tea, que vio cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo: Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamiento, que la otra vez en este

mesmo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mogicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que yacía por estos porrazos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre ni qué fuentes dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero: no ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento: que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó. No sé nada, respondió Sancho, sólo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estará, pero Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería

de enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sossegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole, que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometía, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en el hubiese. Consolose con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que por muchas tenía una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecía; era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamiento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo se haría bien, y sucedería á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco.

CAPÍTULO XLII

Cox el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida, quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las bur-las adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen por véras; y así habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la insula prometida, otro día, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el

que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arrancan como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo. Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar aunque sea á un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo, respondió el Duque: y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quedese este aquí; y advertid que mañana en ese mismo día habéis de ir al gobierno de la insula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar; y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vistanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido será Sancho Panza. Así es verdad, dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la insula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A B C, pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dijo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó Don Quijote, y sabiendo lo que pasaba; y la celeridad con que Sancho se había de partir á su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo:

Infinite gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á recibir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios; méveo en los principios de aventajarme y á tantos de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porrón, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te ves gobernador de una insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las dará á la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto pues el corazón á creer lo que te he dicho, está, oh hijo, atento á este tu Catón, que quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, oh hijo, has de temer á Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.



(COPIA DE UN CUADRO DE MORENO CARBONERO)

"Sancho, llegó a su rucio, y abrazándole le dijo: «Como has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío» y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y dieronle el parabién del hallazgo del rucio, especialmente Don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció..."

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto pareceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape. Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte; y precíate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido a la suma dignidad pontificia e imperial, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se adquiere, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere a verte cuando estés en tu insula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfaras al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y correspondieras a lo que debes a la naturaleza bien concertada. Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), ensénala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en tí mas compasión las lágrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres las mas veces serán sin remedio, y si le tuvieren será a costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus sospiros.

Al que has de castigar con obras

no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstrale piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible; casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma.



«PANCISTA» A TODO TRANCE

Yo soñaba, soñaba, y en mi sueño sentí por arte de encantamiento transportado a una dichosa edad, en la que aún el mundo presenciaba el ejemplar espectáculo del valor, fiando a la virtud y a la hermosura, desafiando entuertos y enredijos, malbaratando planes de cuantos malandrines y follones eran osados a conculcar las rígidas ordenanzas de la andante caballería.

Y en verdad os digo que mi sueño súpome a gloria, y que a poco que mi magín fué desentrañando la ilusoria visión, gustábala yo con mayor deleite; y, cual si fuesen cosa pegadiza el sentir y el obrar de los andantes caballeros, acabé yo por experimentar lo que los Tirteafuera de hoy bautizarían campanudamente con el nombre de contagio por su gestión.

No será menester decir que, una vez *sugestionado*, me eché al palenque, con denuedo bastante para poder gobernar a golpes de lanza el perenne desgobierno a que debe el mundo entero su semejanza con el patio célebre del celeberrimo Monipodio.

No me faltaron Dulcineas a quien trovar, y hasta sobraronme galeotes, más cargados de culpas que de penas, entre quienes repartir el don inapreciable de la libertad, a punta de tizona conquistada para ellos por mi potente brazo.

Pero ocurrió que las Dulcineas pagaron la galanura de mis trovas, haciéndome el escarnio de cerrar para ellas los oídos, que de par en par abrían a la vil prosa de otros galanes, si menos caballeros, mejor encaballados; y los galeotes aprovecharon de la libertad que les conquistara, para perpetrar a costa de mi faltriquera el más equitativo reparto que los siglos vieron.

Tentado estuve de hacer con aquella ralea una que fuese sonada, cuando a mis espaldas zumbó el eco de una voz pausada y suave, que en vano pretendía sobresalir en la infernal baranda, por un extraño caballero promovida.

Presté atención a la voz aquella, y con gran sorpresa oí que a los ronzamientos grandilocuentes con que el otro personaje reforzaba los tajos y mandobles de su espada, empuñada a la sazón en descomunal caballerescas refriega, oponía tan sólo brevísimos discursos, sin otro aderezo que la ingenua socarronería con que el vulgo salpimenta a las veces sus dichos.

El más avisado golilla; pero lo que no pueden razones, pueden los hechos.

Una descomunal estocada del caballero combatiente hizo medir el suelo con su cuerpo enorme a un gigante, que era algo así como el jefe del opuesto bando, y la suspensión de ánimo de los que allí estábamos cambióse por un desenfrenado entusiasmo, que, a juzgar por el criterio general y los generales aspavientos, era tan sentido, como si el engordar de nuestros caudales estuviese emparejado con la muerte del fenecido gigante.

La voz imparable del salmodista continuaba, a pesar de todo, dejándose oír...

Y ocurrió una cosa estupenda. Unos empecatados yangüeses sobrevinieron, sin saber cómo ni de dónde, y, emprendiéndola con el festejado héroe de la refriega, hicieron con sus huesos oficios de molino, en menos tiempo del que para contarlos necesitó.

Y las norabuenas acabáronse, y cesó el griterío, y dióse fin a los aspavientos.

Y yo, novicio en aquellas andanzas, me sentí movido a compasión por el molido hidalgo.

Y, ligero como el rayo, requerí la tizona, seguro de que al requerimiento seguiría un acuerdo igual de cuantos, hacía un momento, festejaban al maltrecho caballero.

Y hendió los aires una carcajada. Y vieron mis ojos que la espada mía era la única desnuda.

Y en mis oídos golpeteo el decir cruel del de los refranes, coreado ahora por la pasiva multitud.

Y convencíme de que el apaleado, por su mala estrella, y yo, por mi actitud de amparador de caídos, habíamos rodado el despeñadero del ridículo.

Y, naturalmente... desperté.

Horas más tarde, un fraternal amigo mío me pedía unas cuartillas para este número extraordinario del NOTICIERO, a la conmemoración del centenario del *Quijote* consagrado.

Y hube de contestarle:

—Aunque quisiera, no podría complacerme. No siento el *quijotismo*. Siento todo lo contrario. Si en el libro inmortal de Cervantes fuese protagonista el otro, Sancho, puede que yo encontrase inspiración suficiente para hilvanar un artículo. Soy *sanchista* convencido. Creo sinceramente en el legítimo predominio del *buen sentido* sobre toda especie de desatentado romanticismo. De modo que, si quieres una apología de Sancho Panza y del *pancismo* a todo trance, presto estoy a perfiarla...

Y es que los sueños sirven de mucho.

Verdad es que en mi caso, y antes de la referida soñación, eso que llamamos experiencia habíame amestrado dolorosamente.

Cuantas veces he oficiado de Quijote, otras tantas puso la suerte en mi camino legiones de yangüeses.

Y de cómo las gastan estos señores, puede certificar todo el que alguna vez haya sentido la comezón de desfacer entuertos.

De mí sé decir que "no lo haré más".

Soy, pese al centenario, *sanchista* puro.

ROGELIO G. RENDUELES.

DE UN DISCURSO

La intuición maravillosa, casi divina del arte de Cervantes, dignifica y ennoblece cuanto toca, aun lo mas ruin y menguado. Aquel anciano de blancas canas y rostro venerable, que como descendiente de Trotaconventos y de Celestina, iba entre los galeotes condenado a cuatro años de remo, por haber sido corredor de oreja, ocupación en la cual nunca pensó que hacía mal, puesto que su intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas, despertó en

Don Quijote la tierna compasión que pugna por comunicarse a los lectores, justificando aquel elogio, envuelto en la más donosa ironía, de semejante oficio que, según el héroe manchego, es propio de discretos y muy necesario en toda república bien ordenada.

Genés de Pasamonte, truhán redomado y ladrón de más de la marca, que por sus servicios é historia era digno de figurar honradamente en la cofradía de Monipodio, y aun de ocupar en ella uno de sus principales puestos, sin quedarse atrás de los Maniferro, Chiquiznaques y Desmoachados, se ganó la simpatía de Don Quijote, con la agilidad de su entendimiento y la soltura de su lengua, y más cuando le oyó declararse desdichado, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Y que lo tenía muy despierto, feliz y lucido, lo demostró harto cuando, bajo el disfraz de Maese Pedro, declaró ante el concurso que absorbo le escuchaba las maravillas de su retablo, con la sabrosa relación, salpimentada con discretas observaciones, de la historia de Gayferos y Medisendra, a que puso inesperado punto el celo caballeresco de Don Quijote, quien con acelerada y nunca vista furia, comenzó a llover cuchilladas sobre la titeriza morisma, dando con todo el retablo en el suelo y dejando al Rey Marsilio mal herido y al Emperador Carlo-Magno partidas la corona y la cabeza en dos partes.

Y el mismo Roque Guinart, el terrible capitán de bandoleros, terror de los campos catalanes, famoso no menos por su valentía que por su ferocidad, se nos ofrece en las páginas en que lo presenta Cervantes con líneas y tonos que templan y dulcifican su sombría figura y suavizan la aspereza de su condición. No sólo recibe a Don Quijote con la gentil cortesía de un caballero, sino que le consuela en su tristeza por haber caído en sus manos, que, según él, tienen más de compasivas que de rigurosas; mantiene el debido orden y la más estrecha disciplina entre los foragidos que forman su banda y reparte entre ellos el botín de sus latrocinios, con tanta legalidad y prudencia, que no agravia en nada a la justicia distributiva, y, finalmente, nos le pinta tan delicado y sensible, que ante las quejas de la infeliz Claudia acuden las lágrimas a los ojos de Roque, no acostumbrados a verterlas en ninguna ocasión.

ELOY SEÑÁN Y ALONSO

A ESPAÑA, PATRIA DE CERVANTES

SONETO

del poeta americano señor Llona, publicado ahora por vez primera en España.

Un tiempo fué, por el que en llanto bañas de tus antiguos templos los altares, en que tus altas glorias militares circundaban del mundo las campañas. Españolas del orbe las hazañas, las playas todas españolas lares, y al recorrer las tierras y los mares no halló el Sol el confin de las Españas. Mas si los lauros te arrancó de Marte la Fortuna, envidiosa de tu gloria, no podrá los del Genio arrebatarte, que no se pone el sol de tu memoria en los cielos sin límites del Arte ni en los mares inmensos de la Historia.

NUMA POMPILIO LLONA.

Quijotismo

VIVE en mí aquel recuerdo con el vigor y lozanía que van adquiriendo en la memoria los actos de la infancia, semejantes a placas fotográficas que se exteriorizan y revelan con el avance de los años y la madurez del juicio.

Herencia de mis abuelos eran aquellos volúmenes empolvados, cubiertos de pergamino amarillo, con páginas en que los grabados abundaban. Constituyeron primeramente las estampas mi distracción; luego comencé a leer las líneas formadas con letras gruesas, como buscadas a propósito para gentes a quienes el cansancio de la vista ó la pereza intelectual no permitían engolfarse en largas vigiliatras ortológicas; y cuando entré de lleno en mi aprendizaje social, cuando asistía a las aulas de segunda enseñanza, y estudiaba por impulso y afición espontáneos, y tuve afecciones amistosas, cuando, en fin, comencé a navegar por mi solo en el revuelto mar humano, la lectura de aquellos tomos amarillentos era para mí un oasis, donde hallaba paz y sosiego después de las caminatas áridas que mi espíritu emprendía a través del *rosa*,

rosas y de los equinoccios, meteoros y solsticios.

Asociáronse desde entonces en mi imaginación los nombres *Don Quijote de la Mancha* y Miguel de Cervantes Saavedra, ignorando que desde hacía tres siglos la fama universal los tenía ligados estrechamente entre ramos de laurel y nimbos de gloria.

La existencia del *Ingenioso Hidalgo* era para mí tan indudable como la del autor ilustre de la obra; después he tenido mil ocasiones de convencerme de que la misma creencia está arraigada en el vulgo: de tal manera se amoldan a nuestro carácter las asombrosas aventuras é imponderables hazañas del caballero andante manchego.

El pasaje más jugoso, el que saboreé con mayor deleite por encontrarlo para mí rudimentario entendimiento más lleno de atractivos y emociones, era el de la descomunal batalla librada entre los copiosísimos ejércitos de diversas é innumerables gentes, que se embistieron en la llanura donde el enderezador de entuertos se encontraba, dándole ocasión para mostrar el empuje de su lanza en favor del rey de los Garrañantes, Pentapólin del arremangado brazo, oponiéndose al esfuerzo del grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana.

Puéblase la imaginación de tropas apuestas, marciales continentes y ecos de clarines y trompas guerreras; entre nubes de polvo avanzan los contingentes que se destruirán en horrendo choque, y en medio de aquella baranda se destacan los escudos con flores doradas, leones coronados, y cuarteles de diversos y vistosos colores.

Muy a su costa, pues es difícil entrometerse en ajenas contiendas sin resultar molido y apaleado, debió aprender Alonso Quijano que no se debe fiar en quimeras ni fantasías. Las peladillas de arroyo, saludándole los oídos y llevándole de camino muelas y dientes, pudieron bastar a convencerlo de que tratábase de manadas de ovejas, que no de ejércitos; pero el espíritu aferrado al error, la fantasía sin freno ni medida, están a prueba de semejantes perances y desaguizados.

Íntimas analogías, estrecha relación encuentro entre aquel inolvidable episodio cervantino y las luchas que entre sí mantienen los pueblos.

Ya en los relatos contenidos en los textos históricos, ya en las guerras contemporáneas, cuya lectura es pasto actual de generaciones neurasténicas lanzadas en el torbellino de un progreso que no afecta a la parte moral y sociológica, los combates que se desarrollan traen a la memoria aquel otro que el desequilibrado caletre del hidalgo forjara en la ardiente llanura de la Mancha.

Desear, caprichos de los Pentapólines y Alifanfarones, dan margen a esos duelos épicos en que las masas humanas se despedazan y confunden.

Siquiera, aquel emperador y aquel rey a quienes dió vida la pluma inmortal del Manco-Sano, luchaban por algo elevado, por sentimientos patrióticos; había de por medio amores contrariados y agravios a creencias religiosas; hoy sería ocioso buscar semejantes causas, respondiéndole solamente los rompimientos a brutales egoísmos, a insanos propósitos de ambición ó de venganza.

No forman actualmente las masas guerreras, parthos, medos ni persas; ni "los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los que criban el finísimo y menudo oro de la felice Arabia, ni menos aún "los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, ó gozan las provechosas aguas del divino Genil." Son ahora los que disfrutan la agradable sombra de los inmensos bosques que entrelazan sus innumerables brazos gigantes en la vertiente del mar Glacial; los que a orillas del Báltico rinden tributo a la industria; los que en los graneros de Tierra Negra arrancan al suelo dádivosos ópimos frutos, quienes se ven lanzados con

tra los que extraen el oro formado en las entrañas de San-yo-do y de Tsu-si-ma, y los que a las orillas del Pacífico embelesan la vista ante los inmensos plantíos de alcanfores y cotereros.

Y allá van las manadas de ovejas que no sienten el espoleo de las pasiones ni el aguijón del odio, empujadas en direcciones contrarias por las voces y las hondas de los pastores, obligadas a causarse mútuo daño, hasta dejar los llanos cubiertos de sangrientos despojos.

En aquella confusión, los millares de víctimas merecen apenas un elogio póstumo; todo se difuma entre el fragor de la pelea y el humo de la pólvora; apenas se destaca algún Titonel de Carcajona, ó señor de la Puente de Plata, esos cuyos retratos, cubiertos de cruces y bandas, circulan de mano en mano.

Entretanto, los Pentapólines de los demás pueblos, encaramados en el altíllito, como Don Quijote y su escudero, contemplan la sin igual contienda sin decidirse a una intervención peligrosa. Bien avenidos con muelas y dientes, no se atreven a correr la aventura, máxime cuando no existe bálsamo de Fierabrás cuya eficacia contra tales riesgos esté asegurada.

Hoy, cuando más, son intervenciones pacíficas, a cuya merced se pueden coger truchas sin mojar las bragas. Quedese para otras edades el desfacer agravios sin otra finalidad que el restablecimiento del derecho y el imperio de la justicia.

Decididamente, hay que lamentar la desaparición de ese espíritu levantado y nobilísimo bautizado con el nombre de *quijotismo*.

MIGUEL MONTALVO.

REFLEXIONEMOS

Hoy celebra España con grandes fiestas literarias, el III centenario de la aparición de la primera parte del inmortal *Quijote*, que entre todas las obras del espíritu, es la más rica de invención y de genio, como dice Federico Schlegel, y la que de modo más perfecto y maravilloso, hace resaltar la gran opinión y la inmensa distancia que existe entre lo ideal y lo real de la vida.

El intelectualismo español, el cerebro directivo de este país refractario a la asimilación de cualquier enseñanza, porque en vez de reflexionar, se emociona, y en vez de procurar saber lo que lee, lee por saber que lo hace, se desatará en ditirámicos elogios y en largas lucubraciones, con, de, en, por, si, sobre el *Quijote*, como si este libro imperecedero necesitara otro comentario mejor que su lectura, y como si toda la belleza y maestría de su decir sencillo y de su pensar profundo, hubiera sido apreciada por todos aquellos en cuyas manos haya caído un ejemplar, de las mil trescientas y tantas ediciones, que en los distintos idiomas europeos se han hecho de la obra de Cervantes.

Por desgracia, las frivolidades de la vida moderna y el vano empeño de conquistar la mayor cultura por la más rápida ojeada de libros, arrastran a la mayoría de nuestra juventud hacia laberínticos caminos, donde las soberanías del genio existen acá ó allá, pero ocultas bajo los tulles de una somnolencia intelectual que estufa líneas, empastela colores y confunde magines.

Así, pues, ante el centenario de la obra maestra del habla castellana, el esfuerzo de todos debiera ir encaminado hacia un fin verdaderamente trascendental, cual lo sería inculcar en el espíritu público la necesidad absoluta de la reflexión, que es la decantación del estudio y el imperio de lo moral sobre lo físico.

Pero de hacerse tal cosa, saldríamos de lo tradicional, a que tanto apego tenemos, y nos comeríamos los haces de laureles con que adornaremos de verdinegro los retratos y bustos de Cervantes, como si su memoria hubiera de menester mayor posteridad que sus obras, ni éstas de



(COPIA DE UN CUADRO DE MORENO CARBONERO)

"Dijole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de espacio, y de cuando en cuando empuñaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodeguero de Málaga."

mayor encomio que su lectura y su comprensión.

Ya que dejamos morir en la miseria a Cervantes, sin pensión sus altos merecimientos como escritor, sin recompensa sus proezas como soldado, aprovechámonos de cuanto su genio nos legó y dejemos las flores de trapo para adorno de la vanidad.

¿Qué mayor gloria existe para el talento, ni mayor premio para el trabajo, que ese talento y ese trabajo contribuyan a un modo positivo y evidente a la más posible perfección de la humanidad?

¿Qué mayor gloria para Cervantes, que sus obras nos sirvan como Biblia de la vida?

A. A.

Los grandes locos

A Joaquín Ramírez

La humanidad ha llamado tantas veces locura a la razón, que está incapacitada para distinguirlas.

Colón, Galileo, Moorse, lo demuestran.

En verdad que estos hombres fadecían la locura de la razón, y ¡es claro! la estupidez oficial no podía darse cuenta de la razón de su locura.

Para mí el loco, como ser de grandes energías pasionales y nerviosas, casi siempre unidas a un alma elevada, es más respetable que esos medio-cuerdos, como dice Goethe, que viven una vida puramente física, y han conseguido abolir el dolor, trocando la sensibilidad en sensualidad.

La carcajada de un loco es una cosa muy triste y al mismo tiempo muy grande.

Es la explosión de un alma fuera de su órbita.

Lo que pasa en un cerebro donde tiene su gestación la locura, Dios lo sabe sólo; pero sea lo que fuere, es crisis moral, y las crisis en el hombre son siempre grandes, verdaderas batallas entre la bestia y el alma.

Después de todo, las páginas más hermosas de la historia, son verdaderas locuras.

Los grandes reformadores, sublimes dementes.

Los utopistas, heroicos maníacos.

¿Qué son los fanatismos, sino espantosas locuras colectivas, cuya explosión llena los anales de catástrofes siglos?

Y ¿qué otra cosa son los ideales que hermosísimas quimeras, algunas tan hermosas como inabordable?

Hasta los grandes símbolos de nuestro genio nacional, son dos desequilibrados.

El Cid, un vasallo que trata al rey, su señor, de igual a igual, y el Quijote, un simpático enajenado, que sufre descalabradas por la justicia, y enristra su lanza para luchar contra lo imposible.

PASCUAL SANTACRUZ.

Lo mejor del «Quijote»

No es, por cierto, el lenguaje en que está escrito.

No: la idea de que el Quijote se ha hecho tan famoso y ha conquistado tan gran celebridad por estar "admirablemente escrito", es bastante común, pero también es bastante falsa, lo cual se demuestra muy fácilmente.

Primero, porque si el mayor mérito del Quijote consistiera en estar bien escrito, podría haberse hecho celebre en España, pero no en las demás naciones de Europa, donde sólo poquísimos lectores habían de hallarse en condiciones de apreciar los primores del lenguaje, conociendo todos los demás la obra por traducciones no siempre bien hechas.

Y como ha sucedido precisamente lo contrario, a saber, que de esas otras naciones, de Alemania y de Inglaterra principalmente, es de donde nos ha venido la ola de admiración y de entusiasmo por el Quijote, que todavía no hace un siglo, ni acaso medio, era por allá más popular que en nuestra tierra, hay que convenir en que esa popularidad, ese entusiasmo y esa admiración no han podido nacer de que el libro esté admirablemente escrito.

A más de que tampoco es verdad —y ésta es la segunda demostración de la falsedad de aquella idea,—tampoco es verdad, digo, que el Quijote esté escrito admirablemente.

Pero de esto no es ocasión de hablar ahora, ya traté, si Dios me da salud, este punto despacio en un libro, con pruebas y demostraciones tan convincentes como acostumbro a dadas. Por hoy sólo diré de paso, aunque no falte quien se escandalice, que, en mi sentir, Cervantes no es el primer prosista de su época, ni el segundo... ni el quinto... ni el décimo...

Lo cual ciertamente no le merma en un ápice la inmensa gloria de haber compuesto la mejor novela del mundo.

Descartado el lenguaje, que no es

admirable ni nada más que pasadero, y hecha excepción de algún episodio demasiado extraño a la acción principal y demasiado extenso, y de algún otro detalle de pequeña importancia, todo en el Quijote es excelente.

Es admirable por lo feliz la idea engendradora de la obra. Es admirable asimismo la creación y el sostenimiento de los dos personajes principales de ella, el loco extraño que haciendo diariamente mayores locuras que ningún otro loco del mundo, en cuanto se le aparta del resbaladero, que para él es la andante caballería, discurre como el hombre más razonable, y el marrullero Sancho, encarnación del sentido práctico y de la desconfianza, al que sin embargo, la propia codicia y el trato continuado con su señor le hacen creer en sus locas y absurdas promesas.

Es admirable, y es lo que más fama ha dado al libro, la felicísima invención de las aventuras, que siendo de suyo tan disparatadas, tan increíbles, puestas en relación con el personaje que las acomete, resultan perfectamente verosímiles, perfectamente artísticas y al mismo tiempo muy graciosas, rebosantes de vis cómica y de chiste, no de chiste de dicción, que se pierde casi siempre o se desvirtúa al pasar de una lengua a otra, sino de chiste de acción, de ese chiste mudo que hace reír a carcajadas, en cualquier lengua y en cualquier forma que el hecho se enuncie, aunque sea por señas.

Entre las aventuras del Quijote, por más que ninguna esté mal traída ni descompone la obra, las hay de mayor y de menor acierto, comparadas entre sí, pues no era posible que fuesen iguales; y la que a mí me parece la mejor de todas, la más hermosa, la más original, la que con ser la más disparatada, viene a ser, dentro del carácter de Don Quijote, la más natural y verosímil, en fin, la que tiene más gracia, es la de los molinos de viento.

Aunque todos mis lectores la conozcan, bueno es recordarla.

Don Quijote y su escudero van platicando sobre la gran probabilidad de que el último llegue a ser rey o siquiera conde, y...

—En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como Don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear, porque ves allí amigo Sancho donde se descubren treinta o más (1) desaforados gigantes con quienes pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que esta es buena guerra y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?—dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves—respondió el amo—de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced—respondió Sancho—que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que volateadas del viento hacen andar la piedra del molino.

—Bien se conoce—respondió Don Quijote—que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes y si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oración en el espacio en que voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero el iba tan puesto en que eran gigantes que ni oía las voces de su escudero, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: *Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.*

Todo el cuadro es bellísimo y más que todo la pincelada última.

No creo que se haya escrito en el mundo, en obra de imaginación, nada tan hermoso, tan artístico, tan adecuado a las circunstancias como este apóstrofe sublime.

La narración continúa:

—Levantóse en esto un poco de viento y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que el gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndola que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa la volvió el vien-

to con tanta furia que hizo la lanza pedazos llevándose tras sí al caballo y al caballero que fué rodando muy maltracho por el campo.

Y todavía cuando Sancho le reconviene con estas palabras: "no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento y no lo podía ignorar quien no llevase otros tales en la cabeza?", responde el maltratado caballero, siempre en carácter:

—Calla, Sancho, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza: cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Iresón que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; más al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

La primera vez que de muchacho leí el Quijote, fué esta aventura de los molinos de viento lo que me gustó más; y todavía no he cambiado de gusto. Aun hoy sigo creyendo que no hay nada mejor ni tan bueno en el sabroso libro.

—Soy solo: No tengo por lo menos, o he tenido, un compañero en esta creencia. No le conozco, ni se quién es, ni si es vivo o muerto; pero estoy seguro de que ha existido... Verán ustedes dónde y cómo adquirí esta seguridad y esta certeza.

Cuando yo vine a Madrid a estudiar leyes, que ¡ay! no fué ayer, sino allá por el otoño de 1867, había en la plaza de las Cortes, a espaldas de la estatua de Cervantes, un facsímil de molino de viento, que creo que servía de albergue al guarda del jardín. Era una bonita construcción de forma cilíndrica, parecida a los actuales kioscos de distribución de la luz eléctrica, sólo que no era de hierro, como éstos, sino de ladrillo, con su cubierta como un molino de verdad, presentando al exterior las aspas de madera. Al redor de la pared, sobre el reboque, se leía en gruesas letras negras el apóstrofe hermosísimo:

Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Excuso ponderar la alegría que me causó, la primera vez que le ví, el fingido artefacto. Era indudable... El que construyó, hizo construir ó inspiró la construcción de aquel molino de viento detrás de la estatua de Miguel de Cervantes; el que hizo construir allí aquella garita, no de forma de batán, ni de forma de jaula de fieras, ni de forma de venta... sino de forma de molino de viento, era seguramente de mi misma opinión y de mi mismo gusto; creía como yo, que el mejor pasaje del Quijote era la aventura de los molinos de viento; creía como yo que un molino de viento era la mejor representación material del Quijote, por recordar lo mejor de la obra.

Años hace ya que... no sé quién, algún alcalde presumido é iliterato que quizá no habría leído el Quijote, porque todo ha solido haber en la vida del... Ayuntamiento de Madrid, hizo derribar aquel sencillo emblema, que le parecería una ridiculez, y construir en su sitio una vulgar caseta de madera para el guarda...

No habrá otro alcalde que emmende el yerro, haciendo desaparecer la actual caseta y reedificando en su lugar el molino?

Sería un buen recuerdo del tercer centenario del Quijote.

ANTONIO DE VALBUENA

El idioma y el Quijote

El idioma de un pueblo, como producto que es de su cerebro y de su corazón, lleva encerrada toda su historia; sus vocablos son monedas conmemorativas de sus instituciones, sus hazañas, sus gloriosos y desgraciados sucesos; en sus giros y construcción, lleva marcado el genio, carácter y sentimientos. La lengua castellana es, pues, el cerebro, la fantasía, el archivo y el corazón del pueblo español.

En el Poema del Cid se presenta el idioma con un habla vigorosa y recia, propia de la ruda y fuerte estepa castellana de aquella época.

En las Partidas es el lenguaje rozagante y severo, que señala el carácter del rey Sabio.

Es chispeante y juguetón en los labios del arcipreste de Hita; devoto en los del poeta riojano, afeminado en los Cancioneros cortesanos de don Juan el Segundo.

En nuestros primeros dramáticos, Lope de Rueda, Lucas Fernández, Juan de la Encina, y sobre todo en la incomparable Tragicomedia de Calisto y Melibea, brota con una sabiduría tan popular y tan sana, que ya auguraba los venturosos y sazonados frutos en parte cosechados por la generación siguiente en la novela picaresca y en la mística, en parte malogrados en la lírica y en la dramática por el pedante prurito de la malhadada latinización de nuestro romance, que agostó en sus primeros gérmenes la lírica popular castellana y llevó a nuestro teatro del siglo XVII el veneno de lo extranjero y convencional.

La literatura y el idioma cambiaron de rumbo arrastrados por el gusto italiano y el renacimiento de la antigüedad clásica.

En el siglo XVI tres corrientes distintas formaban el habla literaria. Una de Italia, coloreada por el Renacimiento, cual aparece en Granada, León, Garcilaso, Herrera. Otra, más impregnada de elementos genuinamente nacionales y populares y sucesora legítima de La Celestina, es la novela picaresca del Lazarillo del Tormes, de La lozana andaluza, de Guzmán de Alfarache. La tercera, con un carácter de antigüedad falseada, pero con tendencias castizas, se nos ofrece en los libros de caballería. Las tres desaguan en Cervantes y particularmente en el Quijote.

El manco de Lepanto acabó con la novela italiana, con el género pastoril y con los libros caballerescos. La Galatea puso en olvido las obras anteriores de su clase, el Ingenioso Hidalgo acabó con el género caballeresco, a pesar de ser el mismo Quijote la más admirable novela de caballería, porque a la vez era la novela moderna que surgía cual nuevo fénix de sus propias cenizas.

El Quijote es el modelo sin par de la lengua castellana.

Resumamos diciendo, como fórmula general, que Cervantes es el monarca de la novela y el Quijote la mejor novela del mundo, la mejor novela picaresca y la mejor novela realista.

Este libro es la tumba de los géneros literarios antiguos llamados a desaparecer y de los géneros de transición; en él acaba y se transforma el género caballeresco, el italiano y el pastoril.

El flexible genio de Cervantes se inspiró en todos los modelos que le precedieron; pero su realismo español al infundir nueva sangre en la novela la transforma, creando la novela moderna.

La lengua de Cervantes es la lengua castellana en el momento de su mayor esplendor, y su libro inmortal presenta los más acabados modelos de su rica variedad de tonalidades y matices del habla caballerescas y anticuadas, del habla erudita, del habla popular, del habla pastoril, del habla picaresca.

EL PADRE CEJADOR

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

La necesidad de confeccionar este número extraordinario con alguna anticipación para no interrumpir las diarias tareas, ha hecho preciso insertar los originales sin otro orden de prelación que el de su llegada a nuestro poder.

Lamentamos que dicha circunstancia nos haya obligado a que alguna firma de gente de casa, figure antes que las de nuestros amables colaboradores.

Don Luis Vidart publicó en 1882 un artículo titulado *La desdicha póstuma de Cervantes*, en el cual proponía que se celebrase en 1884 el centenario de la publicación de *La Galatea*, obra con que dió comienzo a su vida literaria el gran Cervantes. En efecto, la primera edición de *La Galatea* lleva la fecha de 1584.

Mas todo ello quedó en proyecto, y así fué pasando el tiempo, hasta que a Mariano de Cavia se le ocurrió la idea de adelantar once años la apoteosis nacional del excelso escritor, conmemorando, no el centenario de su muerte, sino el de la publicación de la primera parte del *Quijote*; la segunda no se publicó hasta diez años después, en 1615.

Ahora bien; muchos se preguntan si los festejos que se preparan serán verdaderamente dignos del genio inmortal a quien se dedican, si merecerán el calificativo de *excepcionales*, como querían que lo fuesen aquellos fervientes admiradores de Cervantes en 1881.

No es de creer que superen mucho en magnificencia a los que se organizaron en Madrid, hace veinticuatro años, para honrar la memoria del autor de *La vida es sueño*; pero las próximas fiestas del centenario del *Quijote* prometen con toda seguridad ser excepcionales, porque en ellas tomará parte España entera, desde las más ricas y populosas ciudades hasta las más humildes villorrios; además, a esta glorificación de Cervantes contribuirán también nuestros hermanos de América que hablan nuestra lengua, que profesan nuestra religión y que sienten circular por sus arterias nuestra misma sangre.

Unicamente así, aclamándole, no ya un pueblo, sino una raza entera, será posible desagraviar al Príncipe de los ingenios españoles, si es que en la misteriosa vida de ultratumba tienen algún valor para los espíritus estos homenajes terrestres, la gloria póstuma, el respeto y admiración de la posteridad.

Aquella mano incógnita que colocó a los pies de la estatua de Cervantes las dos palabras: *Estoy indignado*, debió haber puesto estas otras, como muy oportunamente dijo entonces el sabio académico don Luis Vidart: *Estoy resignado*.

Si, resignado, en vida y en muerte, en vida fué pobre; luchó en Lepanto y quedó inutilizado de la mano izquierda; sufrió los rigores de un largo cautiverio en Argel; fué encarcelado en su misma patria; en vano buscó el auxilio de los poderosos, cuyos nombres inmortalizó, sólo con ponerlos al frente de los libros que les dedicaba; las mercedes que de aquellos personajes recibió debieron ser harto mezquinas, pues no le ayudaron a salir del miserable estado en que fueron trascurriendo los amargos días de su existencia...

Con sobrada razón uno de sus mejores biógrafos, Martín Fernández de Navarrete, ha dicho: "Causa admiración ciertamente que Cervantes, el mayor ingenio de su siglo, no pudiese despertar la atención de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos pobre y necesitado, y muriendo obscuro y miserablemente, tal vez zaherido de los mismos a quienes había tratado con excesiva indulgencia..."

Resignado en vida; el mismo dice en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, que *aprendió a tener paciencia en las adversidades*. Cuando el osado *Avellaneda* le injurió en el prólogo del falso *Don Quijote*, llamándole manco y viejo, contestóle apaciblemente Cervantes diciéndole que su manco no había nacido en ninguna taberna, "sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, y en cuanto a lo de su vejez "hase de advertir (dijo) que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años." (Aviso a los actuales modernistas, ó como se llamen, jóvenes que miran desde la altura de su injustificado desprecio a los escritores viejos.)

Resignado en vida. Los intelectuales de su época, los grandes escritores contemporáneos suyos, no supieron ó no quisieron reconocer su genio. El mismo Lope de Vega escribía desde Toledo a un amigo suyo, en Agosto de 1604:

"De poetas no digo. Muchos en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a Don Quixote." (1).

Cervantes, nunca dominado por la ira, correspondió a tan duras palabras con aquel terceto de su *Viaje del Parnaso*:

Lloró otra nube al gran Lope de Vega.
Poeta insignie, a cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja, ni aun le llega.

Del olvido, desamparo é indiferencia.

(1) El anacronismo que resulta de haber hablado Lope de Vega del *Quijote* en 1604, habiéndose publicado este libro en 1605, ha sido y es objeto de controversias y disquisiciones acerca de la fecha en que se publicó la primera edición.

Un ilustre escritor mejicano, don Gabino de J. Vázquez, advierte en un precioso artículo, *El año Cervantino 1905*, que bien pudo el Fénix haber leído los pliegos del *Quijote* presentados a la tisa, haciendo aquella sátira anticipada del libro aún no puesto a la venta pública. La edición *princeps* lleva la fecha de 1605.

Resignado también en muerte. Las desdichas de Cervantes le siguieron a la tumba, donde sus restos mortales convirtieron en polvo sin que en muchísimos años se elevara una voz en alabanza de aquel genio sin par que con sus obras había legado a su patria una herencia gloriosa.

No habiendo sabido, ó no habiendo querido, los contemporáneos de Cervantes aguilatar su prodigioso mérito como literato, su nombre cayó casi en el olvido. Mucho puede la envidia, y doloroso es tener que confesar el incurable defecto de nuestra raza, desdenosa é indiferente para sus grandes hombres, en los cuales no cree hasta que atruena el mundo el aplauso extranjero. [En nuestra propia época hemos visto a los extranjeros descubrir a Ramón y Cajal]

Ciento veintidos años después de la muerte de Cervantes, fué preciso que de Inglaterra viniesen a España las auras de su celebridad, y que un sabio inglés, el barón de Carteret, encargase a un sabio español, don Gregorio Mayans, que escribiese la primera biografía de Cervantes.

Cuéntase que la reina de Inglaterra, Catalina, esposa de Jorge II, poseía una notable colección de libros de entretenimiento ó inventivas, a la que denominaba humorísticamente *Biblioteca del sabio Merlín*, y que enseñándola al barón de Carteret, manifestó este que faltaba allí la fábula más agradable, ingeniosa y discreta de cuantas se habían escrito en el mundo, la cual titulábase *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, y que quería tener la honra de colocarla por sí mismo y de hacer aquel obsequio a su soberana.

A esto se debió el que se imprimiese en Londres una magnífica edición del *Quijote* en lengua castellana, acompañada de la primera biografía de su autor, escrita por Mayans como queda dicho. Esta edición inglesa, hoy muy solicitada, lleva la fecha de 1738; la Academia Española no publicó su primera edición hasta el año de 1780 por iniciativa del marqués de la Ensenada.

RAMIRO BLANCO.

LEYENDO una crítica de las obras dramáticas de Zorrilla, encontré cierta original apreciación acerca del popular drama fantástico *Don Juan Tenorio*. Decía el crítico, que el día en que anunciada la representación de dicha obra el público no acudiera al teatro, sería signo seguro de que el pueblo, la gente española, disfrutaba el grado de cultura que para ella ambicionan todos los que se preocupan de su prosperidad. Pero que España habría dejado de ser España; es decir, que habría desaparecido la España de los romances, la imaginativa nación que se entusiasma con las insensatas aventuras del burlador sevillano.

Algo exageradilla podrá parecer tal apreciación; mas es indudable que encierra un fondo de verdad digno de tenerlo en cuenta. Y como la idea me agrada, me la apropio ahora (si el crítico no se disgusta) y la completo así:

Cuando el tiempo que los obreros pierden en la taberna libando venenos; y el que emplea la clase media murmurando en el café; y el que gasta la aristocracia en exóticos é insustanciales sports, lo invierten en leer y saborear los grandes libros, especialmente el *Quijote*, sabiendo leer para indignarse con la ingratitude de los galeotes, para meditar sobre los consejos del ingenioso hidalgo a su escudero, para reír del manicomio de Sancho y aprender a pensar al luchar por hermosos ideales, quizás también desaparecerá la España de pan y toros, pero ya no distinguiremos a los intelectuales por ser clase excepcional y superior.

Trabajo, labor inmensa supone llegar a esa meta; todavía pasarán muchos años durante los cuales seguiremos entusiasmandonos con las bravuconadas del *Don Juan*, y los grandes libros continuarán apollándose en los estantes de las librerías.

JOAQUÍN RAMÍREZ.

Tipografía de NOTICIERO GRANADINO. Manuel Paso, 2 (antes Tahona).

LA CHINA

GRAN ESTABLECIMIENTO DE TEJIDOS DEL REINO Y EXTRANJERO
— DE —
FERNÁNDEZ Y GARCÍA

Artículos de alta fantasía, para la estación de verano, más baratos que en los demás de su clase.

Especialidad en pañuelos de Manila.

ZACATÍN, BIBARRAMBLA Y BOABDIL

GRANADA

LA UNIÓN

GRANDES ALMACENES DE TEJIDOS Y NOVEDADES
DE
ALBA Y GIL DE TEJADA

Surtidos completos en sedería, lanería, batistas, plumetis, gasas y adornos de todas clases. Especialidad en pañería y alpacas para trajes de caballero.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Reyes Católicos, 23 y San Sebastián, 5

Joyería, Platería y Relojería
DE
TEJEIRO Y C.^a
ZACATÍN, 9

Últimas novedades en todos los artículos.

La Africana
PACETTI Y MARTINEZ

Plaza de Bibarrambla, núm. 29.—Granada

En este acreditado establecimiento se ha recibido un extenso surtido en géneros de señora y caballero para la presente estación.

Llamamos la atención á nuestra clientela y al público en general, para que visiten esta casa antes de hacer sus compras, y se convencerán de la economía en los precios de todos los artículos.

No olvidar las señas: **PLAZA BIBARRAMBLA, 29**

COGNAC JEREZANO
GONZÁLEZ BYASS Y C.^a

JEREZ DE LA FRONTERA
Marcas

Una, dos y tres copas. Extra y extra especial.

De venta en todos los buenos establecimientos de coloniales, confiterías, cervcerías, cafés, fondas y restaurantes.—Representantes en Granada,

SRES. MASATS Y RAGÜE.—GRAN VÍA, 10, PRAL. DERECHA

Ignacio y Matías Nieva

COSECHEROS EXPORTADORES

de vinos de Valdepeñas y aguardientes puros de uva

CASA FUNDADA EL AÑO 1868

DESPACHO EN GRANADA

Recogidas, 1

La Perla

JOYERIA, PLATERIA Y RELOJERIA
DE
DANIEL OLIVER

Reyes Católicos, 9

Brillantes y perlas finas desmontadas.

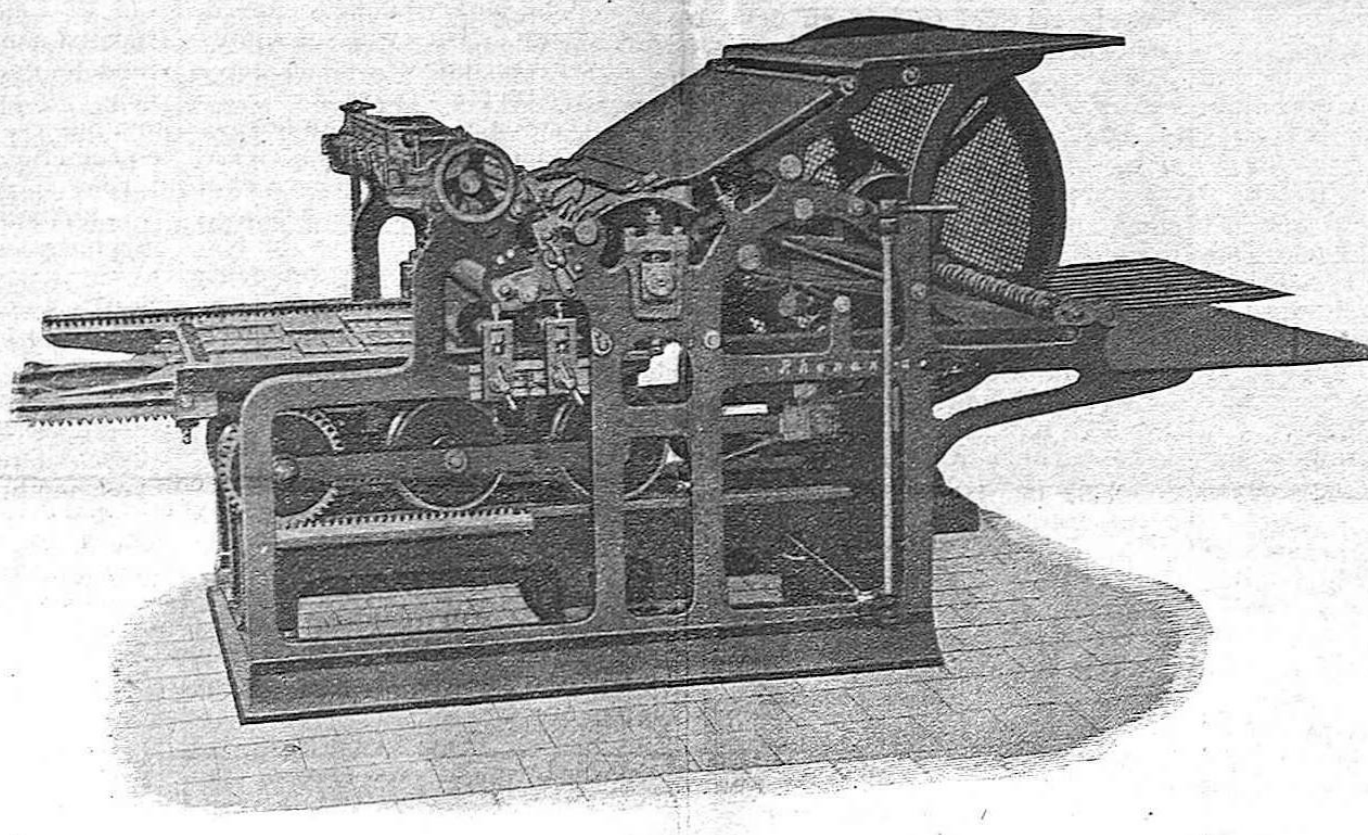
Novedad en las alhajas, elegancia y buen gusto.

Economía sin igual.

Precios sin competencia.

Reyes Católicos, 9

RIEN ANIA



Última palabra de la maquinaria tipográfica, existente en los talleres de NOTICIERO GRANADINO, y en la cual se ha confeccionado este número extraordinario.

Modelo 1904

SAN JERÓNIMO

En este conocido y acreditado establecimiento de compra venta mercantil, puede obtener el público ventajas extraordinarias, merced al sistema de negociación empleado que permite realizar un doble beneficio en cada negocio y reducir por consiguiente la cuantía de este beneficio en provecho del comprador.

COMPRA VENTA MERCANTIL

Zacatín, 33

Á LA VILLE DE PARÍS

Los dueños de este acreditado establecimiento hacen saber á sus favorecedores y al público en general, haberse recibido los géneros de la presente estación, que por su variedad de clases, elegancia y buen gusto, se convencerán, al visitarlo, que sólo esta casa, por las grandes compras que realiza en las mejores del extranjero, es la única que vende á precios económicos.

ALMACENES EL NIÑO DE SAN JOSÉ

Esta casa es la mejor surtida en artículos BLANCOS y de PUNTO; especialidad en géneros para EQUIPOS de NOVIA y COLEGIAL, y ROPA de CAMA y MESA.

Regala á sus compradores tres premios mensuales de 100, 50 y 25 pesetas respectivamente, que necesariamente han de ser repartidos entre los compradores de cada mes.

Precio fijo y ventas al contado.—Para muestras y encargos, á

LUÍS PÉREZ Y COMP.^a

Príncipe, 5 y San Sebastián, 8

CERVEZAS

DE LA CRUZ DEL CAMPO

Representante exclusivo

NICOLÁS CALANCHA

ACERA DEL CASINO, NÚM. 13

Servicio á domicilio.

Antonio Alarcón López

Sucesor de LÓPEZ DIEGUEZ

CÓRDOBA

Cosechero de los famosos y legítimos vinos finos de Montilla.

Pedílos en todos los establecimientos bien surtidos.

ALMACENES DE TEJIDOS DE **EL LEÓN**

MESONES, 98

Estos nuevos almacenes, instalados por los Sres. Pérez Hermanos, ofrecen á su numerosa clientela y al público en general dobles ventajas que todos los de su clase, tanto por el grandioso y variado surtido que presentan en toda clase de novedades para señoras y caballeros, cuanto por que es la casa que en Granada vende con mayores economías, como lo tiene demostrado ya en su antigua casa EL SOL, una de las Sucursales de estos señores, que por falta de espacio para atender á sus numerosos clientes, han tenido que instalar los nuevos

Almacenes de EL LEON

donde encontrarán siempre un bonito surtido en lanas, alpacas, semi-alpacas y driles, hilo y algodón, para trajes de caballero.—Primorosos son los cortes de sedas, lanas, céfiros, sedalinas, batistas, percales, armoures, crespones gran fantasía, para vestidos de señora, todo con una baja del 10 por 100 de las demás casas. No compren nada sin antes visitar los nuevos y amplios

Almacenes de EL LEÓN. Mesones, 98. Pérez Hermanos.

La acreditada
Cerveza Maier

Y EL

EXCELENTE VERMOUTH

SE VENDEN EN LA

Calle López Rubio (antes Puente del Carbón)

Joyería, Platería y Relojería

DE

ROGELIO SEVILLA

En breve y con motivo de las próximas fiestas del Corpus, recibirá esta casa un extenso y variado surtido en Joyería á precios increíbles.

11, Zacatín, 11